

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 43.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Abril 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Falsedad de la lucha por la existencia*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Ciencias físico-naturales*, por Francisco Salazar.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y Mujer*, novela, por León Tolstoi.
SECCION LIBRE: *Disertemos*, por Soledad Gustavo.—*La filosofía del desengaño*, por Carlos Cerrillo Escobar.—*¡Asociarse, libertarios!*, por José López Montenegro.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGIA

Falsedad de la lucha por la existencia.

En la historia del movimiento obrero español figurará siempre como una legítima gloria *Acracia*, Revista sociológica publicada en Barcelona por los años de 1886 á 87.

En su núm. 7, correspondiente á Julio de 1886, vió la luz un artículo titulado «Refutación de un sofisma», en el que, deseando inspirar grandes ánimos á los trabajadores que se proponen la transformación de la sociedad en el sentido de la universalización del derecho y abolición del privilegio, me propuse combatir los mezquinos exclusivismos que, con falsa apariencia científica, se cobijan bajo la teoría denominada «la lucha por la existencia».

Convencido y entusiasta ayer, cierto y aún más entusiasta hoy, después de la experiencia adquirida que no me ha traído desengaños, sino confirmaciones, reproduzco el asunto para presentarle reforzado con la poderosa demostración que le presta Reclus en su trabajo «Páginas de sociología prehistórica», publicado en *L'Humanité Nouvelle*, de Febrero del 98.

Comenzaba el trabajo mío exponiendo que el socialismo moderno es el desarrollo del generoso pensamiento de los utopistas de los siglos XVI, XVII y primera mitad del XIX, serie brillante de pensadores que principia en Tomás Morus y acaba en Sixto Cámara. Su extensión creciente y avasalladora obligó al privilegio á defenderse, viéndose algunos pensadores eminentes presentarse á desempeñar tan menguada misión. Véase la prueba:

Dice Hæckel: «La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Esta eliminación se efectúa principalmente por medio de la lucha por la existencia; en la cual los seres mal dotados son vencidos y suprimidos por los más fuertes y más inteligentes. Las especies mejor apropiadas al medio en que viven, han reemplazado á las otras, y

en estas especies mismas los individuos robustos é industriosos han tenido mayores probabilidades de perpetuar la raza; luego los socialistas que quieren establecer un equilibrio artificial entre los débiles y los fuertes, favoreciendo con ello la reproducción de los primeros, van contra las leyes naturales y sólo pueden conseguir la degeneración de la especie humana.»

Dice Spencer: «La miseria es el resultado fatal de la incongruencia entre la constitución y las condiciones. Todos esos males que nos afligen y que parecen á los ignorantes consecuencia clara de tal ó cual causa removible, son el inevitable cortejo de la obra de adaptación que se está cumpliendo. La humanidad tiene que someterse á las necesidades indispensables de nueva posición, amoldarse á ellas y resistir lo mejor que pueda las desgracias que son su corolario. Hay que seguir el proceso y aceptar el sufrimiento. Ningún poder sobre la tierra, ninguna medida imaginada por hábiles legisladores, ningún proyecto destinado á rectificar el curso de las cosas, ninguna panacea comunista, ninguna reforma pueden disminuir aquel sufrimiento en un ápice: puede, sí, aumentarse su intensidad y de hecho se la aumenta, y el filántropo que se proponga remediar este mal, hallará siempre amplia esfera en que ejercitarse, pero el cambio lleva consigo una cantidad normal de sufrimiento que no puede ser reducida sin atentar á las leyes mismas de la vida... Es claro que si la severidad de este proceso puede mitigarse por la simpatía espontánea que liga á los hombres, debe ser mitigada, aunque es incuestionable que sobrevienen daños cuando esa simpatía se manifiesta sin tener en cuenta las últimas consecuencias; pero los inconvenientes que resultan no son nada en comparación del bien cumplido. Sólo cuando esa simpatía impulsa á actos de iniquidad; cuando produce intrusión prohibida por la ley de libertad igual para todos; cuando suspende en alguna dirección particular de la vida de relación necesaria entre la constitución y las condiciones, sólo en este caso es realmente nociva. Entonces, sin embargo, burla ella misma sus propios designios. Favorece la multiplicación de los más ineptos con perjuicio de los más aptos, y tiende á llenar el mundo de personas para quienes la vida será una carga, cerrando las puertas á aquellas otras para quienes la vida sería un placer. Inflige una miseria real é impide una felicidad positiva.»

No queriendo empuqueñecer el asunto con la pobreza de mis argumentos contra los sofismas de los maestros, recurro directamente á quien tiene sobrada competencia para cerrarles el paso.

Dice Reclus en el trabajo antes citado:

«Cuando ya en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos dejaron tan admirablemente expuesto el sistema de la evolución orgánica por la adaptación de los seres á su medio, una multitud de discípulos no se fijaron más que en el lado de la cuestión desarrollado por Darwin con mayor cantidad de detalles y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente más que «la lucha por la existencia». Sin embargo, el ilustre autor del *Origen de las especies* y de la *Descendencia del Hombre* había hablado también de la «reciprocidad para la existencia»; más aún, había celebrado «las comunidades que, gracias á la unión del mayor número de miembros estrechamente asociados, prosperan espléndidamente y obtienen la más rica progenitura».

»No obstante, hubo muchos falsos darwinistas que se obcecaron en ignorar los hechos de reciprocidad, y, poseídos de una especie de rabia, como si la vista de la sangre excitase sus sentimientos sanguinarios, gritaron: «El mundo animal es un circo

de gladiadores;... toda criatura nace adiestrada para el combate.» Bajo el nombre de la ciencia quedaron justificados todos los actos de violencia y de crueldad en las artes de apropiación egoísta y de conquista brutal. Gozosos de contarse entre los fuertes, se complacían en lanzar el grito de guerra contra los débiles: «¡Ay de los vencidos!»

Semejante rectificación consuela, ensancha el corazón y, aunque no pueda aumentar la fe del convencido, inspira confianza en el éxito de la propaganda y parece como que reduce el tiempo que nos separa de la realización del ideal.

Así también aquella triste teoría de «la lucha por la existencia», que más que un resultado científico viene á ser un recurso infame de gobierno, y que no tiene indudablemente otro objeto que adular al afortunado declarándole fuerte é insultar al infeliz calificándole de incapaz, queda al descubierto cogida en flagrante delito de complicidad burguesa.

He aquí algunos de los importantes datos aducidos por Reclus en apoyo de «la reciprocidad para la existencia».

«No hay duda que el mundo presenta al infinito escenas de lucha y carnicería entre los seres que le habitan, desde las semillas en pugna por la conquista de una porcioncilla de tierra y los huevos de pescado disputándose el dominio del mar, hasta los ejércitos en batalla exterminándose con furor por el hierro y por el fuego; pero los cuadros opuestos son mucho más numerosos, porque lo positivo es que sin la ayuda mutua la vida sería imposible. Toda vez que las plantas, los animales, los hombres han logrado desarrollarse en tribus y en pueblos inmensos, y que cada ser en particular ha de recorrer un espacio de vida durante días, meses ó años de absoluta incapacidad, es evidente que los elementos de concordia dominan sobre los de lucha. Ese sencillez «buen día» que sirve en todos los países del mundo, aunque con formas diversas, para cambiar el saludo entre los hombres, proviene de un sentimiento al menos rudimentario de buena voluntad recíproca.

Los ejemplos de ayuda mutua entre los animales citados en las obras de los naturalistas son innumerables, y no hay uno solo que no se encuentre bajo formas análogas entre los hombres. Las hormigas y las abejas suministran á este respecto hechos tan patentes, que admira el olvido en que los han dejado los panegiristas de esa guerra sin tregua y sin cuartel en que suponen envueltos todos los seres. Hay guerras entre las hormigas; sin duda: ellas tienen también conquistadores y propietarios de esclavos; pero conste también que se ayudan mutuamente hasta el punto de alimentarse recíprocamente en caso de necesidad; de dedicarse juntas á trabajos agrícolas y aun industriales, tales como el cultivo de cierta especie de hongos y la transformación química de los granos, y por último, de sacrificarse las unas por las otras. Hay colonias de hormigas que comprenden miles y aun millones de hormigueros habitados por especies aliadas que sólo ofrecen escenas de cordialidad y de paz. A la vista de tales maravillas intelectuales se siente uno inclinado á repetir estas palabras de Darwin: «el cerebro de la hormiga es quizá un prodigio superior al cerebro del hombre».

Entre las aves, los cuadrúpedos y los bimanos hay especies que dan conmovedores ejemplos de solidaridad. La confianza mutua entre individuos de la gran familia es tal que ninguno de ellos carece de valor, dándose el caso de que los más pequeños pajarillos inician el combate contra el más formidable rapaz, y de que las cornejas, por ejemplo, se atreven á irritar al águila por pura diversión. En las riberas del Colorado se ven colonias de golondrinas establecidas tranquilamente bajo los nidos de las águilas y de los halcones. Muchas especies animales no tienen más enemigo que el hom-

bre, y en las condiciones ordinarias viven en paz con todo el mundo protegidas por su perfecta unión. Las hay entre las que la solidaridad llega hasta la bondad y el sacrificio, tal como el hombre le concibe y rara vez le practica: así sucede que si un cazador por distraerse tira contra una bandada de grullas y hiere una que, no pudiendo volar, corre peligro de caer, la bandada angular se estrecha y dos compañeras, una á cada lado, sostienen el fatigado vuelo de su hermana.

Es, pues, contraria á la verdad la concepción de los pesimistas que suponen el mundo animal compuesto de carnívoros que se desgarran á zarpazos y beben la sangre de sus víctimas.

La mejor prueba de que la lucha por la vida no es la ley por excelencia y que la concordia domina con mucho en la historia del desarrollo de los seres la suministra el hecho de que las especies más felices en su modo de ser no son las mejor armadas para el robo y el asesinato, sino al contrario, las que en posesión de armas de escaso valor se ayudan mutuamente con más decidido empeño: no son las más feroces, sino las más amantes.

Otro tanto puede decirse respecto de los hombres primitivos ó «salvajes», porque los testimonios de la prehistoria, lo mismo que el estudio de las poblaciones contemporáneas, nos muestran gran número de tribus que viven en paz y aun en la armonía de una posesión común de la tierra y en el goce de un trabajo común: los ejemplos de hordas guerreras dispuestas únicamente para el combate y que viven sólo de la depredación son bastante raras aunque frecuentemente citadas. El hecho capital de la historia primitiva, tal como se nos presenta en casi todos los países del mundo, es que la *gens*, la tribu, la colectividad es considerada como el ser por excelencia, á la cual cada individuo debe su trabajo y el sacrificio completo de su persona. La reciprocidad y la ayuda mutua son tan perfectas que hay circunstancias en que trata de manifestarse más allá de la muerte: en las Nuevas Hébridas, cuando muere un niño su madre ó su tía se suicidan para cuidar al niño en otro mundo.

La forma comunista de la propiedad, que ha prevalecido en casi todos los países del mundo y que se conserva aquí y allá aun en las comarcas más fieramente acaparadas por los propietarios individuales, prueba que la ayuda mutua fué la regla por excelencia en los pueblos agrícolas llegados á un grado de civilización bastante adelantado. Allí también el cuidado de cada uno debió ser la prosperidad de todos, como lo demuestran las mismas palabras que sirven para denominar la colectividad; tales son las «universidades» de los vascos, los «mir» ó «pequeños universos» de los rusos, los «zadroughi» ó «amistades» de los serbios, los «bratskiya» ó «paternidades» de los bouriates, etc., etc.; hasta la palabra «común» que el uso del latín y de sus lenguas derivadas ha generalizado en el mundo, se aplica á todos los que toman parte en las cargas, es decir á cuantos se ayudan mutuamente; y de lo común nace la comunión, es decir, la participación en el festín y el cambio de pensamientos íntimos; porque «el hombre no vive solamente de pan» y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni aun el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia de otro su manera de concebir las cosas. Cuanto más progresa la sociedad, más inclinado se siente el individuo aislado, aun inconscientemente, á considerar como semejantes á aquellos que le rodean; porque la vida, sencillamente vegetativa en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres vivientes en la brutalidad primera, toma un carácter mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el

sentimiento se han desarrollado; adquirida la conciencia de la vida, añaden un ideal al primer objetivo, que se limitaba al sustento de la propia persona; el círculo así infinitamente desarrollado, abraza ya la existencia de la humanidad entera.»

La afirmación de Hæckel, que parece el evangelio de los egoístas, es, pues, completamente falsa: las especies no se han perfeccionado por la eliminación de los individuos mal conformados y más débiles, sino al contrario, porque el débil, que lo es siempre el individuo al principio de su existencia, aun los más fuertes, fué ayudado por su semejante. Respecto de la sociedad humana, no son los individuos más fuertes y más inteligentes los que disfrutan del poder, de la riqueza y de la ciencia, sino los favorecidos por el privilegio. Si los seres bien dotados prevaleciesen únicamente y suprimiesen á los inferiores, tendríamos una sola categoría de saludables, ricos y sabios, machos y hembras dominando el mundo, pero ¿qué harían sin inferiores á quienes esclavizar ó asalariar?

La incongruencia entre la constitución y las condiciones de que habla Spencer para explicar la miseria, no es fatal, sino accidental, y los males que nos afligen á pesar de incurrir en la nota de ignorante que aplica á los que crean lo contrario, son perfectamente removibles. Póngase á los 80 ó 90 millones de pobres de solemnidad que, según la estadística presentada por Kropotkine en *Miseria y Riqueza*, van muriendo paulatinamente en Europa y Norte-América, en posesión de los bienes que les usurpan los gobiernos y todas las categorías de ricos, como un día hará el huracán revolucionario, y se verá surgir un mundo de pensamientos, de hermosísimas iniciativas y de energías poderosas capaz de honrar la especie humana y regenerar el mundo por los siglos de los siglos.

Afecta Spencer considerar á los revolucionarios como sentimentales filántropos cuyos benéficos sentimientos se resintiesen tristemente por la existencia de la miseria; pero la severidad de sus palabras no alcanza á los que como nosotros confían en la eficacia de la ciencia y en el poder de la revolución, yendo á estrellarse contra los creyentes que pretenden arreglarlo todo por la caridad. Reclamen, pues, contra Spencer los cristianos, ya que les niega el medio que dicen que su Dios les reveló para corregir la imperfección de las relaciones humanas, que los revolucionarios nada tenemos que ver con el sentimentalismo caritativo.

En resumen: cesen ya los sabios al servicio de la burguesía y de los gobiernos de presentarnos el fantasma de «la lucha por la existencia», forjado con notoria mala fe sobre la falsa interpretación de una hipótesis científica, porque, firmes en el propósito de coadyuvar á la gran obra de justificación de la sociedad humana, hasta su completa realización, los desheredados no hemos de poner fin á «la lucha contra el privilegio».

ANSELMO LORENZO.



LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

VII

Reformas y Revolución.

La ignorancia de los individuos sobre la anarquía.—Razonamiento de los ignorantes.—La esperanza no es la realidad.—Comprobar una situación no es crearla.—Impotencia de las reformas.—La forma social no puede producir otros resultados que aquellos para los que ha sido creada.—Razonamientos generales, pero falsos.—Intervención nefasta.—Reaparición de la organización social.—Mudar el mal no es curarlo.—Maleficencia de la organización social.—El estado social engendra la sublevación.—Las víctimas de la sociedad.—La autoridad transforma en beneficio suyo.—Las mejoras que se aportan.—Debe destruirse y no mejorarse.

Además de los que son ignorantes por conveniencia, y de los que ciega la preocupación autoritaria, hay muchos á quienes se les pudiera creer más instruidos sobre la idea anarquista, porque, más inteligentes, se supone que deben haber estudiado aquellas cuestiones de las que hablan; pero por falta de saber asimilarse la idea completa, recaen cuando se discute medios de táctica, en razonamientos propios de los que no han conocido nunca el ideal ácrata.

Que los burgueses conservadores ó los socialistas autoritarios hablen de la anarquía sin saber una palabra, no nos extraña; porque lo que estos saben positivamente es que la idea anarquista destruye el sistema, que tienen interés en que prevalezca sobre todo, y claro está que han de combatir sin ton ni son, como suele decirse, aquello que viene á echar abajo todas sus especulaciones. Cuantas más necesidades dirán contra sus adversarios, mejor quedan ante sus contertulios, porque el principal objeto no es tener razón, sino aparentarlo.

Hay gentes que no incurren en estas extravagancias, y son los que sin aceptar completamente nuestras ideas, sienten hacia ellas cierta simpatía por parecerles hermoso ideal, simpatía mitigada por ciertas reservas, aunque las hayan estudiado de cerca y conozcan por lo menos la substancia.

Pues bien, hasta entre estas gentes se hallan muchos que no han comprendido nada de los móviles que inspiran á los anarquistas, y que cuando discuten la anarquía demuestran ser tan ignorantes como los que nunca han oído hablar de ella.

Esto sucede principalmente sobre la cuestión de reformas. Es preciso saber que para muchos la anarquía es un ideal que vendrá no se sabe cuándo, pero que quieren pensar en él porque creen necesario aflojarse los nervios haciendo descansar el espíritu con ensueños de pura felicidad para que desaparezcan en cuanto se trata de discutir los medios *prácticos* de mejorar el orden social existente.

Estas discusiones renacen cada vez que se trata del parlamentarismo, del ejército, de sindicatos, de cooperación ó de cualquier otra panacea que deba cercenar las lar-

gas uñas del capitalismo y aportar un bienestar cualquiera á los trabajadores, y cuando un anarquista fuerte en las críticas tantas veces formuladas contra el orden de cosas actual, y fuerte sobre todo por la experiencia adquirida, combate con lógico argumento las reformas propuestas, se creen que nosotros repudiamos sus medios, porque tememos que nuestro ideal venga abajo, se desvanezca al mejorar la sociedad presente.

Afirman que las reformas que nosotros deseamos son para un porvenir lejano y que las suyas llevan algo práctico á la vida. Esto nos obliga á comenzar nuevamente toda nuestra crítica y á la total exposición de nuestras ideas para demostrar que en la sociedad actual la situación del obrero no variará hasta que la organización económica cambie radicalmente.

*
**
*

Los que acusan á los anarquistas de ser fanáticos de la revolución, reprochándoles el que repudien las mejoras parciales por temor á que ésta se atrase, hablan de la anarquía como hablara un ciego de los colores.

Sin apercibirse sin duda, suelen razonar con frecuencia de la siguiente manera:

«A los anarquistas les parece retrógrado mi proyecto de ley, cuyo objeto es limitar los derechos del amo; combaten las más hermosas reformas que se les presentan, y esto obedece á un plan preconcebido por su parte, ó bien porque no creen sino en la revolución. Así se explica el que combatan ciertas reformas que, aplicadas, evitarían la lucha que ellos quieren á todo trance.»

Este modo de argumentar, que creen lógico, les entusiasma considerando, tal vez con sinceridad, que combaten la teoría anarquista, cuando lo único que combaten son los molinos de viento de su imaginación.

Si en vez de preguntarse por qué los anarquistas rehusan esta ó la otra reforma, se preguntaran la razón de ser revolucionarios, tal vez esto llevara, á los que pretenden refutarnos, á estudiar en otro orden de ideas que les haría sin duda razonar de diferente modo. Entonces verían que las razones que nosotros exponemos para no entusiasmarlos con los políticos, cuya misión es alucinar á los trabajadores con las excelencias de sus proyectos, son muy diferentes á las que se suponen. Se convencerían de que los anarquistas no son partidarios «del arte por el arte» como ellos imaginan; que nuestra concepción va más lejos de la admiración «del buen parecer», y que no somos ni con mucho, fanáticos soñadores del degüello de las tres cuartas partes de la humanidad para asegurar la felicidad del otro cuarto.

No tenemos sensiblerías inútiles, ni nos asusta la desaparición total de parásitos y egoístas que con sus pretensiones de querer asegurar el orden de cosas existente, se mezclan hasta entre los revolucionarios.

Pueden los privilegiados estar satisfechos de cuanto existe, y se comprende perfectamente su interés en defender las instituciones que les aseguran holganza y lujo, pero no deben extrañar de su parte que el día que su fuerza se quebrante, sea un día de represalias. Si los que gozan del estado presente aman al régimen que tanto bien les produce, la gran masa que trabaja y sufre, tiene también razón al querer modificar su suerte. Si en esto hay conflicto, que se fastidien los que quieren perpetuar sus goces personales explotando y reduciendo á la miseria á los demás.

En estas aspiraciones no hay *dilettantismo* revolucionario; ni pretendemos evitar

ni producir catástrofes. Sufrimos fatalidades económicas, explicamos su origen y consecuencias, y nada más.

*
* *

Los anarquistas, y otros antes que nosotros, han demostrado que los privilegiados no abandonan nunca de buen grado las prerrogativas que hacen buena su situación. La experiencia nos enseña que cuando éstos se han visto obligados á hacer una concesión, el ejercicio de su autoridad no ha tenido otro objeto que el de anular las concesiones hechas, convertirlas en ilusorias y hacer que las nuevas instituciones produzcan efectos contrarios á los que esperaban aquellos que las habían obtenido.

En algunos capítulos de la *Sociedad agonizante*, he intentado demostrar que muchas de las reformas, y sobre todo, las más cacareadas, no reforman nada absolutamente, cuando no producen efectos negativos. Podemos cogerlas todas y revisarlas una tras otra, y nos convenceremos inmediatamente de que en nada tocan al engranaje esencial de la organización capitalista, y que no son más que adornos exteriores ajustados á vieja guimbarra, cambiando la forma en apariencia, pero en realidad, dejando intacto el podrido armazón.

Si efectivamente las reformas atacan al sistema de explotación, éstas son siempre rechazadas, y para imponerlas, es necesario la fuerza. ¿Por qué, pues, pararse en reformas y no reconocer que es el régimen por entero el que debe desaparecer?

La organización social presente, ¿no es el producto de reformas que en otro tiempo fueron establecidas para asegurar nuestra emancipación y producir el bienestar para todos? ¿Lo hemos alcanzado? ¿No han sido necesarias sangrientas revoluciones para obtener algunas que apenas si mejoraban un ápice la suerte de los humildes? La obra de los legisladores, ¿no ha sido atenuar los efectos en provecho de los privilegiados?

Si viviéramos muchos siglos, podríamos consagrar algunos años de nuestra existencia á experimentar las panaceas que nos presentan; pero nuestra vida es sólo de algunos años, y la experiencia nos enseña que la humanidad ha pasado miles de años perdiendo el tiempo con ensayos que á nada han conducido. Por esa razón, nosotros, en vez de reformas insignificantes en el orden social, queremos destruir cuanto existe, para que en su puesto pueda colocarse una organización que elabore la evolución humana.

*
* *

Cuando se invita á los desheredados á prestar sus fuerzas para la realización de una reforma, se les engaña, con ó sin intención premeditada, porque su aplicación no ha de producir los efectos que les habían prometido.

Puede quien promete la reforma estar convencido sinceramente de sus excelencias; pero no hay que olvidar que, tantas como se han establecido, ni una siquiera ha dejado de ser excelente hasta ponerla en práctica, para convertirse luego, en manos de los políticos, en nuevo medio de explotación. Y es que no basta estar animado de las mejores intenciones para que el mecanismo social produzca los efectos deseados.

La argumentación de los partidarios de reformas, que no siempre son desinteresados, suele ser, poco más ó menos, como sigue: «La revolución es una gran cosa; pero está muy lejana. ¿Quién sabe si vendrá, ni quién puede predecir sus efectos?

»Queremos realizar esta ó la otra reforma, porque queremos economizar existencias, hoy, mañana y siempre; queremos igualmente disminuir la suma infinita de des-

gracias é injusticias y realizar gradualmente lo que vosotros queréis operar de un solo golpe» (1).

Convenimos en que este razonamiento es muy generoso; *querer* evitar la efusión de sangre; *querer* disminuir la miseria, la injusticia y el número de víctimas, son dictados de un corazón magnánimo; pero todo eso no son más que frases sentimentales, que pueden probar la bondad del corazón, sin que en ello haya un ápice de lógica.

Cuando se trata de luchar contra el estado social, querer no es siempre poder. ¿Y tendremos que negar nuestro apoyo á las víctimas so pretexto de que trabajamos para una supresión hipotética de la miseria?

La argumentación de estas buenas gentes me produce el efecto que la intervención de un sujeto que, viendo á su amigo entre las manos de un contrario que le hubiera abofeteado, so pretexto de evitar una lucha desigual, los separara, sujetando los brazos de aquel á quien quería proteger, dejándole así sin defensa contra los golpes de su adversario.

Una reforma no se aplica sobre un sistema social, igual que un emplasto en el vientre de un enfermo, con la filosófica consolación del campesino que, no sabiendo qué remedio económico administrar á su vaca enferma, le pusiera saliva en *cualquier parte del cuerpo*, y le dijera: «Toma, pobre animal, si esto no te hace ningún bien, no te hará tampoco mal».

En sociología, cuando el remedio no produce el bien esperado, engendra siempre un mal, porque, aun cuando los resultados no sean negativos, ha hecho perder tiempo á los que confiaban en su eficacia; y he ahí una razón que precisa tener en cuenta, ya que el tiempo perdido para conquistar reformas inútiles es una prolongación de la ignorancia.

*
* *

Tal reforma impuesta á nuestro estado social, dicen, debe mejorar la suerte de los trabajadores, calmar éste ó el otro de los sufrimientos, satisfacer esta ó aquella aspiración humana. Bien; está muy bien; pero nosotros, los partidarios de la revolución, nos pondremos de vuestra parte cuando nos hayáis probado hasta la saciedad que los resultados que anunciáis puedan desprenderse de la aplicación de vuestras reformas. Desgraciadamente, no podréis convencernos, porque vuestras esperanzas son ilusorias. Olvidáis, cuando habláis de las excelencias de vuestras reformas, que el capital con todas sus instituciones queda en pie rigiendo los destinos del mundo. No tenéis tampoco en cuenta que mientras haya explotadores explotarán, y que mientras exista una sola rueda de la complicada máquina del gobierno funcionando para asegurar la buena marcha de la explotación, ésta impedirá el ejercicio de todo cuanto tenga por objeto mitigar el mal social.

—Pero mi reforma mejora esto é impide lo otro, cambia esta cosa y mejora la otra...

—Sí, buen hombre. No dudamos de que estéis convencidos de la cosa; pero aun admitiendo, lo que no es muy probable, que vuestra reforma sea aplicada tal como ha sido concebida, olvidáis que ha de ponerse en práctica por las instituciones actuales, y que, como siempre, según hemos dicho y repetimos, su misión es impedir que nada ni nadie atente contra los pseudoderechos del capital sagrado.

Vuestra reforma parece admirable en teoría, porque olvidáis compararla con

(1) G. Lecomte: *Société Nouvelle*, Septiembre 1896.

las infinitas contingencias que la han de modificar en la práctica. Una reforma para mejorar realmente la suerte material de los trabajadores y dar satisfacción á algunos de los deseos que el estado social comprime, debería atacar verdaderamente á los beneficios del capitalista, y esta es una cosa que jamás será tolerada por él mientras no se haya suprimido.

—Sin embargo... —No hay sin embargo que valga—; vuestras pretendidas reformas no reforman nada mientras no ataquen á las bases esenciales de la sociedad capitalista, y aun en este caso no hay que hacerse ilusiones: si las aplican será atenuando sus efectos y dándose tono de haberos hecho una concesión enorme; pero si verdaderamente modifica en lo más mínimo su sistema capitalista, estad seguro de que por otro lado agravarán los efectos, y se procurarán una compensación.

En sociología como en física, nada se crea de nada. Vuestra mejora será siempre aparente. Habréis cambiado de mal; pero no lo habréis curado, y sólo conseguiréis un nuevo engaño, una mentira más.

Mientras que los ricos vivan con el trabajo de los pobres, éstos serán quienes pagarán con su vida, su salud, su trabajo y privaciones la felicidad de los holgazanes.

*
* *

También nosotros quisiéramos que la actual sociedad se mejorara gradualmente, evitándonos así á nosotros y nuestros descendientes el esfuerzo de una revolución, y la inmolación de muchísimas víctimas, sin contar, además, el que nos sería mucho más agradable que adaptarnos á la sociedad presente, el ponernos al lado de los directores y propagar los pequeños proyectos de reforma que nuestros buenos electores nos propondrían para implantarlos desde las Cortes.

También á nosotros nos duele el pensar en las víctimas que necesitan las reivindicaciones armadas.

¿Pero se cree acaso que las conquistas que llaman pacíficas no necesitan víctimas? ¿Se cree que por mera satisfacción de ver saltar las lágrimas, ó correr la sangre, nosotros proclamamos la necesidad de la lucha?

La lucha no vendrá porque la propaguemos, sino por la resistencia de las clases gobernantes y capitalistas, tenaces siempre en no hacer ninguna concesión sin-cera.

Además, nosotros no tenemos la pretensión de que nuestras predicaciones, más ó menos violentas, vayan á sublevar las masas. No tenemos tampoco la vanidad de creer que á nuestra voz van á levantarse para combatir todos los vencidos del mundo, y que por nuestros escritos se echarán á la calle. Lo hemos dicho, y lo repetimos: somos más modestos que todo eso, y tenemos conciencia de nuestra importancia é influencia en las luchas modernas. Tenemos, no obstante, una pretensión, la de que con nuestro esfuerzo contribuimos á que la luz penetre en los cerebros. Lo demás, los individuos y las circunstancias se encargarán de hacerlo.

*
* *

Somos revolucionarios porque tenemos la convicción razonada de que los privilegiados no abandonan, si á ello no se les obliga, ninguno de los privilegios, y que la sociedad actual nos demuestra con hechos que su marcha hacia un cataclismo es rapidísima, que cerrando los ojos no podrá evitarse, y, por lo tanto, es preciso vivir prevenidos para poder sacar el mejor partido posible de los acontecimientos.

Todos nuestros esfuerzos van encaminados á que los trabajadores vean claro, como

nosotros, que hemos sabido prepararnos, y, cuando los acontecimientos se presenten, sepan aprovecharse de la lucha en cualquier parte que se hallen, y no sean arrastrados por los farsantes ó los malvados.

Tanto como el que más deploramos las víctimas; pero sabemos que el estado social, por el hecho de su mala organización económica, inmola cientos y miles diariamente, cuya suerte no es menos deplorable porque se haga poco ruido para su sacrificio; la pérdida no debiera ser menos sentida cuando se debe al hambre ó las privaciones, que cuando á un sablazo ó un tiro.

¡Cuántos gritos de dolor y sufrimiento se oyen á cada instante, sin que se haga nada en pro de quien los exhala! ¡Y cuántas angustias y lamentos no se devoran en silencio sin que nadie se entere de ellos!

A cada hora, á cada minuto de nuestra vida, son muchísimas las vidas cercenadas y los corazones lacerados por la ruindad de los que nos dominan, sin que nosotros, que participamos de sus dolores y sufrimientos, y que crispamos los puños de indignación al oír sus ecos, podamos ayudar á nadie, liados como estamos por las leyes, las instituciones y las fatalidades económicas.

Nosotros, repetimos, quisiéramos arrancar algunas víctimas al minotauro social, y nos consideraríamos felices viendo disminuir la suma del mal existente, si esto se nos demostrara que era posible, aunque con ello se alejara la realización completa de nuestro ideal.

Desgraciadamente, hasta nuestros días, los paliativos aplicados no han producido otro efecto (prescindiendo de que éste haya sido el mismo que las malas gentes se proponían) que embaucar con vanas esperanzas á los que sufren, retardar así la realización de sus aspiraciones, y ayudar con ello á la prolongación de este mal orden social que, con su marcha brutal y egoísta, destruye sin tregua conciencias y vidas humanas.

*
* *

Por eso, cuando á nosotros se nos presenta un proyecto de reforma, lo discutimos, lo comparamos con las instituciones existentes, y llegamos á prever los efectos que ha de producir luego de haber pasado por sus trámites.

¿No estamos en nuestro derecho al discutirlo todo? ¿Es que nuestras ideas han de ser las únicas que puedan discutirse, mientras que los errores existentes gocen del derecho de escapar á toda crítica?

Si nosotros nos apercebimos de que conscientemente ó no se nos engaña, y que á los expoliados del orden social se les distrae con fruslerías, ¿por qué no tendríamos nosotros el derecho de denunciarlo todo, y á grandes voces, si es preciso? Aunque el autor de un proyecto de reforma sea un hombre honrado, y esté ingenuamente convencido de que va á producir el bien, ¿este sincero convencimiento hará mejor á la reforma?

¿Es acaso nuestra la culpa de que la mecánica social esté hecha de modo que, no teniendo en cuenta las buenas intenciones de nadie, siga su marcha ciegamente, acomodando á ésta la de los nuevos engranajes que se intenta introducirle, ó bien los destruye cuando no puede adaptarlos á mecanismo? Establecida para asegurar la buena marcha de la explotación capitalista, nuestra sociedad lo convierte todo en provecho de su organización, ó no lo admite.

Para que todos los trabajadores gozaran de los beneficios de una reforma, ésta

tendría que atacar radicalmente á los intereses del capitalismo y á todo cuanto de él se desprende, y esto no podrá ser sin la revolución.

Si una reforma mejora realmente á una porción de la sociedad, sin haber tocado á los intereses del capitalista, será porque con ella habrán conseguido los beneficiados arrojar el fardo de su desgracia sobre los menos favorecidos; sea como fuere, si ha aligerado la miseria de algunos, es porque habrá aumentado la de otros.

Cualquiera que sea el punto de nuestras aspiraciones que nuestros adversarios discutan, y sea la que fuere la aserción de éstos la que nosotros combatamos, nos salen siempre con el eterno argumento: «Lo que vosotros queréis no será realizable más que en el año 3000, y nosotros queremos realizar inmediatamente alguna mejora»; y hasta el día lo único que resulta es que todos los proyectos de bienestar inmediato presentados por los que repudian nuestro ideal por irrealizable, no sólo no mejoran nada, sino que por falsos resisten menos el lógico análisis de la discusión.

Hemos visto que cuando se pone en vigor alguna de las decantadas reformas, no alivia en nada los sufrimientos que debía curar, según se dijo, ni ha arrancado á la hidra social ninguna de las víctimas que nos habían dicho salvaría.

Hasta que no se nos demuestre que el procedimiento más práctico para conseguir lo que nos proponemos, es pedir lo contrario de lo deseado, persistiremos en la creencia de que el único medio eficaz para desembarazarnos de los males que sufrimos, es el de destruir las causas que lo producen, en vez de atacar los efectos, cosa que olvidan siempre los reformistas que se entretienen con los efectos por conveniencia ó ignorancia de las causas.

Si algún día se convencen de nuestras afirmaciones, verán que la organización social es la causa, y que modificarla en detalle no conduce á nada práctico, sino es á perder el tiempo y perpetuar el mal.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

CIENCIAS FISICO-NATURALES

Condensadores de electricidad, describiendo el de *Æpinus*.—Botella de Leyden.—Batería eléctrica.—Diferentes efectos que produce la electricidad estática —Meteoros eléctricos.—Teoría del pararrayos.

Condensadores.—Se da este nombre á todo sistema de conductores dispuestos de manera que aumente notablemente la capacidad de uno de ellos. Todo condensador obra por cierto tiempo como almacenador de tensión eléctrica. Los condensadores más notables son el de *Æpinus* y la botella de Leyden.

El condensador de *Æpinus* consiste en dos platillos sostenidos por pies de vidrio y

separados por un disco ó lámina de cristal. Uno de los platillos se une á la máquina eléctrica, y el otro se pone en comunicación con el suelo por medio de un conductor metálico. Cuando tiene lugar la experimentación, se dice que el que está en contacto de la máquina se electriza positivamente, y el que comunica con el suelo adquiere la electricidad negativa: si entonces se establece la comunicación entre los dos discos ó platillos mediante un conductor, ambos se descargan produciendo una chispa. La explicación más racional consiste en suponer sencillamente que el circuito entre los dos discos queda interrumpido por la lámina de cristal y los aisladores, que obran como barreras; pues tan pronto como estos obstáculos se vencen ó desaparecen, la masa eléctrica llega á su nivel ó equilibrio.

La *botella de Leyden* consiste en una botella de vidrio cualquiera que contenga en su interior panes de oro ó de cualquier otro metal buen conductor, y que esté exteriormente cubierta de papel de estaño hasta los dos tercios de su altura. El obturador ó tapón está atravesado por una varilla de cobre que comunica con los panes de oro, y que termina por el extremo libre en un gancho ó esferita. Para cargar esta botella no hay más que aproximarla por el gancho á una máquina electrostática en acción. Dicese que entonces se acumula la electricidad positiva en los panes de oro, y la negativa en la cubierta de estaño: para descargarla basta poner en comunicación ambas tensiones mediante un conductor, y en el acto brotará la chispa. Como se ve, el circuito de la corriente queda interrumpido por el cristal de la botella.

La cantidad de electricidad acumulada en estos aparatos es proporcional á la superficie de los condensadores; pero la tensión está limitada por la resistencia del vidrio aislador, de tal suerte, que si la tensión fuese mayor que la resistencia, la electricidad se nivelaría al través del cristal, agujereándole ó rompiéndole.

Batería eléctrica.—Se llama así la reunión de varias botellas de Leyden, cuyas armaduras interiores comunican entre sí por medio de varillas metálicas, y las exteriores por una lámina de estaño que tapiza el fondo de la caja. Se descarga por medio de un excitador metálico con mangos de vidrio aisladores, porque el choque eléctrico sobre el operador sería mortal ó por lo menos peligroso.

Efectos de la electricidad estática.—Estos se clasifican en *fisiológicos, mecánicos, luminosos, calóricos y químicos*.

Efectos fisiológicos.—La chispa eléctrica produce conmociones más ó menos intensas en los animales que las reciben, y contracciones más ó menos bruscas en los cadáveres. La descarga de una botella de Leyden puede matar un ratón; la de una batería de cuatro ó seis botellas puede matar á un hombre; pero no pasa de una conmoción más ó menos violenta cuando se descarga por varias personas unidas de la mano, de modo que la primera toque la armadura exterior y la última la interior. Una persona se electriza fácilmente cuando, colocada sobre un banquillo aislador, se la pone en contacto de una máquina electrostática en acción: entonces se le erizan los cabellos por la tensión eléctrica y aparecen fosforescentes en la obscuridad; si se le toca en cualquier parte del cuerpo, desaparecerá la tensión, produciendo chispas.

Efectos mecánicos.—Cuando la tensión eléctrica vence la resistencia de un mal conductor, le rompe ó le taladra. Si entre dos varillas metálicas terminadas en punta se coloca un naipe, una laminilla de cristal, etc., y ambas varillas se ponen en comunicación con las armaduras de una botella Leyden cargada, en el momento de la descarga brota la chispa, que atraviesa la lámina de cristal, perforándola.

Efectos luminosos.—Si se toca á un mismo tiempo una botella de Leyden, en la ar-

madura exterior con una mano y en la interior con la otra, brotará una chispa; lo mismo sucede cuando se toca con el dedo el conductor de una máquina electrostática en acción. En los gabinetes de Física suele haber un aparatito llamado *cuadro mágico*, que consiste en una placa de cristal con dibujos caprichosos de papel de estaño en una de sus caras, y que termina en un gancho de cobre. Cuando esta placa se electriza por medio de una máquina, aparece fosforescente en las soluciones de continuidad de la cara metalizada, ofreciendo un fenómeno vistoso. Otro de los fenómenos notables es el que produce el *huevo eléctrico*, que consiste en un óvalo de vidrio sostenido por un pie de cobre; éste termina interiormente en una varilla de latón; por la parte superior penetra otra varilla hasta aproximarse á la primera. En la proximidad á la base hay una llave que permite hacer el vacío en el aparato ó llenarle de flúidos especiales, como hidrógeno, oxígeno, ácido carbónico, etc. Colgando el huevo eléctrico del conductor de una máquina electrostática, se produce entre las dos varillas una chispa más ó menos blanca ó un penacho luminoso de coloraciones diversas, según que el huevo contenga aire enrarecido ó gases diferentes.

Efectos caloríficos.—Cuando se hace atravesar una chispa eléctrica sobre sustancias inflamables, como alcohol ó éter, éstos suelen arder inmediatamente; puede también una corriente llegar á calentar los alambres conductores hasta el punto de fundirlos. El efecto de la chispa eléctrica sobre las materias explosivas, como la pólvora, es instantáneo, así como sobre la resina pulverizada.

Efectos químicos.—La electricidad estática, en tensión y descarga, obra químicamente, ocasionando la combinación de muchos cuerpos, como la del hidrógeno con el oxígeno recomponiendo el agua; obra también descomponiendo este líquido en sus gases elementales; actúa sobre el aire, combinando el nitrógeno con el oxígeno, formando los ácidos nitroso y nítrico, etc., etc.

Meteoros eléctricos son los fenómenos producidos por la electricidad atmosférica. Todo movimiento ó trabajo mecánico cualquiera puede traducirse en electricidad: fácil nos será comprender que las mareas, las corrientes de los vientos, los cambios bruscos de temperatura, la vida organizada en general, y, sobre todo, el movimiento rotatorio de la Tierra, son continuos manantiales eléctricos. Cuando esta electricidad no circula libremente por los medios conductores, se establecen soluciones de continuidad, que no pueden menos de ocasionar ciertos estados de tensión eléctrica en la atmósfera: la descarga de esta tensión es la que da lugar á los diferentes fenómenos eléctricos.

Trueno, relámpago y rayo.—Cuando las nubes mantienen cierta tensión eléctrica, tan pronto como se establece el circuito entre las dos tensiones opuestas, se descargan, produciendo una chispa más ó menos intensa, que es el *rayo*; su luz se denomina *relámpago*, y el estampido ocasionado por el choque es el *trueno*. Sin embargo, se llama vulgarmente *rayo*, el choque de la tensión eléctrica de una nube contra la tensión opuesta en el suelo; por eso suele decirse que cae el rayo. Los efectos del rayo no pueden ser más desastrosos: dependen desde luego de la intensidad de la chispa, que á veces se extiende á grandísimas distancias; su poder calorífico es tan intenso, que á veces funde y aun volatiliza los metales más refractarios á la fusión. El efecto más terrible, cuyo poder no ha llegado á contrarrestarse aún, es el del *choque de retroceso*.

El *choque de retroceso* consiste en que cuando una nube mantiene gran tensión eléctrica y la descarga bruscamente, atrae de la misma manera el flúido del suelo para nivelarse, y este violento desequilibrio origina un cambio rápido en la

persona del punto próximo, siendo la causa de un choque mortal al nivelarse la corriente.

Pararrayos.—Este aparatito, cuya teoría se debe á Franklin, no es más que una varilla metálica terminada en una ó varias puntas, y que sirve para poner en comunicación la atmósfera con el suelo: en realidad no es más que un medio de facilitar el circuito entre el suelo y la atmósfera, y de evitar, por tanto, una tensión funesta. Todo pararrayos debe ser de un metal homogéneo y buen conductor, sin que ofrezca obstáculos ó interrupciones en toda su longitud. Suele colocarse en la parte más alta de los edificios, y terminar en una ó varias puntas de cobre sobredorado, que es buen conductor y resulta inoxidable; el conductor que va al depósito común debe profundizarse lo más posible en el suelo, y debe estar rodeado de carbón, que también conduce la electricidad, á fin de distribuirla en la mayor extensión posible.

Auroras polares.—Se da este nombre á una serie de arcos luminosos que forman zonas ó bandas brillantes, y que suelen observarse frecuentemente en las proximidades á los polos. Se llamaban antes *auroras boreales*, porque se observaban en el polo boreal. Estos meteoros eléctricos sólo suelen apreciarse durante la noche: los colores que en ellos dominan son el rojo y el amarillo. Es posible que este fenómeno obedezca á la mala conductibilidad del medio en ambas regiones, y, por consiguiente, la tensión eléctrica se traduce en ráfagas más ó menos luminosas.

FRANCISCO SALAZAR.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Mis largas ausencias de Barcelona, durante los últimos cuatro años, me han alejado sin quererlo del joven dramaturgo Ignacio Iglesias, de quien fui siempre un admirador sincero. Imprimió últimamente su obra *Foc-follet*, que no hace mucho tiempo llegó á mis manos. La he leído ahora y me ha producido una emoción profunda.

Iglesias es un hombre que *ve* sus dramas. Creo que su cerebro concibe en pasta, en masa, en bloques de vida, en cuadros de hombres que se mueven *realmente*. Cuando escribe sus obras, se limita á proyectar hacia afuera el drama que se ha desarrollado febrilmente en su cerebro. La razón y la inteligencia no entran para nada en este modo de concebir, porque el drama nació hecho y no puede ser de otro modo. Es posible que Iglesias no traduzca bien la visión interior y ande titubeando; pero una vez hecha la luz, podrá ser aquello un absurdo, algo sin lógica, un conflicto sin ideas pero no podrá modificarse, so pena de echarlo á perder.

Me ha sucedido varias veces estar con Iglesias y otros amigos hablando de problemas psicológicos, de algo de filosofía social ó de cualquier conflicto teórico de la vida: Iglesias parecía no entender nada. No creo ofenderle diciendo que *realmente* no lo entendía. Cogía las palabras, almacenaba las ideas; pero todo aquello no se lo hacía suyo, hasta que su cerebro lo convertía en cosa dramatizable.

Por esto, los dramas de Iglesias que me gustan más son aquellos en que apenas hay *ideas* en teoría, aquellos en que los personajes no defienden nada. A él, como á tantos otros y como á mí, nos ha perjudicado mucho el llamado *intelectualismo* barcelonés. Algunos de sus dramas están salpicados de ideas forasteras, de cosas que nunca fueron suyas y que son mucho más pequeñas que su genio.

Como no me avergüenzo de *creer* en Iglesias, porque sea nuestro, le quisiera mucho más nuestro todavía. Eso de su ibsenismo es una comedia. Creo en Iglesias, precisamente, porque siendo catalán, tiene más de Pitarra que de Ibsen y me figuro que no será completamente *él mismo* hasta que haya olvidado por completo al gran dramaturgo del Norte.

Los intelectuales se reirán desde lo alto de su *superhombria*; pero yo les advierto que he comprado para ellos un látigo que levanta ronchas en la piel. Que vayan á París á hacer comedia. En Barcelona somos catalanes, somos hijos del Borne y estamos muy contentos con el lugar que la vida nos ha señalado. Nuestro positivismo consiste en querer ser todo lo que somos; y todo lo que sea parisién, español, inglés, noruego ó alemán y no sea nuestro, es malo para nosotros, por la sencilla razón de que no es nuestro. Eso que llamáis nuestros vicios y nuestras miserias, pues eso también lo queremos, porque sin ello, no seríamos catalanes. (1)

No quiere esto decir que el dramaturgo tenga que despreciar las ideas de su tiempo: hay ideas que se han fundido en la vida, que se han hecho *cosas ó relaciones*, y esas ideas, el dramaturgo las vivirá también si no es un ciego. Lo que se han de rechazar son los conceptualismos que flotan por encima de la vida, eso que sólo está en los libros y Revistas, acaparado por una serie de infelices que, por conocer semejantes extravíos de la inteligencia, se creen superiores á los demás.

Todo lo que pretende estar por encima de la *realidad* está debajo de ella. Es también una realidad; pero incompleta é inferior. Esos que desprecian su mundo son tan impotentes como aquel rey sabio que pretendía hacer un mundo mejor si le dejaban. Quería hacer otro porque el presente no cabía en los estrechos límites de su lógica. Su necesidad consistía en creer que el mundo no era lógico, en vez de comprender que su lógica era miserable.

Déjese Iglesias de escuchar á los otros, y sea hondamente catalán, aunque le llamen *Pitarra*. Éste nos reveló cosas pequeñas de nuestra raza; revélenos él las cosas grandes. Aléjese de la patria para verla mejor, y riase de París, de Londres y de Madrid y de todo lo que no sea suyo. Deje que los intelectuales se remonten y desprecien la vida mientras ésta continúa silenciosamente alimentando los árboles con cuya madera se ha de labrar el ataúd del superhombre.

* *

He conocido en Madrid á dos muchachos sumamente simpáticos que se dedican á un arte muy despreciado entre nosotros, porque no hemos tenido quien lo cultivara dignamente. Son caricaturistas. En Cataluña hay algún periódico que se ha hecho casi tradicional por sus dibujos. Aquí ni la mala sombra de Navarrete, ni la sosería de Rojas, ni la ignorancia lineal de Cilla han podido sostener la atención del público.

Sancha y Leal da Cámara son dos mocitos con quienes se ha de andar con sumo cuidado. Os figuráis que están conversando con vosotros y acarician recónditamente la idea de tomaros la línea, para luego exagerarla hasta ponerlos en ridículo. Sus caricaturas no son retratos; pero tienen un parecido *interior* que delata al original satirizándolo. Tienen uno y otro cierta perspicacia maliciosa que les revela el secreto del rostro humano.

Sancha es un andaluz de esos que no hablan. Fuimos nombrados uno y otro miembros de cierta comisión encargada de organizar una cosa inorganizable, y mientras

(1) La Redacción deja al autor de esta *Crónica* la responsabilidad de su exclusivismo catalán.

todos los demás discutíamos más ó menos acaloradamente, él no salía de su tiesura intachable, sin pronunciar una palabra. Su silencio es de esos que no significan nada: fácil era comprender que se callaba porque no tenía nada que decir. Nuestras discusiones le dejaban frío, y aún me pareció comprender alguna vez que se admiraba de que se pudiese hablar tanto sobre una cosa tan insípida.

Leal da Cámara, que es portugués injertado de indio, tiene unos ojos tenebrosamente fascinadores. Si os amenaza no temáis sus iras; pero si pretende entablar con vosotros alguna discusión sobre problemas sociales ó psicológicos, echad á correr hasta que le perdáis de vista: es un lógico ferozmente silogístico que á los diez minutos os habrá enredado en algún *maremagnum* impenetrable. En Portugal han tenido que desterrarle: si yo fuese rey quizás también le desterraría. Sólo que allí le han perseguido por las caricaturas revolucionarias que publicaba en *O Panflet*, y yo le condenaría por sus paroxismos silogísticos.

Uno y otro dibujan muy bien y dicen lo que quieren. Leal da Cámara hizo de su amigo una caricatura en líneas rectas de un parecido *espiritual* sorprendente: la tiesura del andaluz quedaba perfectamente definida con las líneas rectas del portugués. Y Sancha se vengó haciendo una caricatura cruel, en que Leal da Cámara aparecía con ojos imbéciles, nariz torcida y pómulos feroces: espiritualmente el portugués no estaba allí; pero se le reconocía de lejos.

Sancha tiene una continua visión casi repugnante de lo feo. No he de pedirle que se corrija; pero sí he de confesar que en esto no me gusta. He visto en los caricaturistas franceses y en algún norteamericano, delicadezas que no excluían la sátira más refinada. Aparte de este pequeño lunar, Sancha me gusta, y Leal da Cámara me encanta hasta cuando me persigue con sus razonamientos furibundos, por lo cual he querido romper en su favor esta fea costumbre que nos lleva á dar nuestro juicio sobre los libros más insustanciales, y nos hace guardar reserva respecto los trabajos de los caricaturistas.

* * *

Con el título de *Michel Bakounine et Karl Marx* publica la *Humanité Nouvelle* un curioso trabajo de Victor Dave, en que se ponen de manifiesto las censurables maquinaciones de los socialistas alemanes, y en particular de su patriarca, contra el gran revolucionario eslavo.

No cabe duda que la personalidad moral de Marx, no sale bien librada de semejante estudio, cuyos datos se han tomado en gran parte de la obra, no publicada totalmente todavía, que el sabio alemán Dr. Max Nettlau, escribe con el título siguiente: *Michael Bakunin, Eine Biographie*.

El carácter de los dos hombres destácase vigorosamente formando un contraste claro y sorprendente. Marx es el tipo del sabio que quiere llevar á la práctica la teoría descubierta por él. Bakounine es el inconsciente robusto que se yergue para luchar contra la tiranía. Marx necesita para su obra el concurso de todos los obreros y funda la Internacional donde pretende dominar como poseedor del secreto del porvenir; Bakounine organiza en todas partes comités revolucionarios para comenzar en seguida lo que él llamaba la parte negativa del problema social. Para sostenerse en sus respectivos puestos, Marx intriga, calumnia y conspira; Bakounine lucha á brazo partido.

Hay en este trabajo las pruebas de una acusación terrible contra Carlos Marx, la perfidia con que calumnió siempre al rebelde eslavo, envenenando su vida, llamándole espía del czar, monedero falso, estafador y traidor á la Internacional. Una cam-

pañía infame de treinta años, en que se cebó en él continuamente, llegando al extremo feroz de acusarle de espía en ocasión en que Bakounine estaba preso en una fortaleza rusa. Es la eterna política de los cobardes, de los que nunca afrontaron el peligro, de los que alborotan en tiempo de paz y atacan á los verdaderos amigos del pueblo sin perjuicio de ponerse en salvo y cometer todas las bajas imaginables en cuanto recrudecen las persecuciones.

Una cosa he notado en este artículo: Bakounine se sentía muy eslavo, y Marx muy alemán. Ni uno ni otro pensaban en desmentir su raza, que querían emancipar del yugo de la tiranía. «Mis ideas y mis aspiraciones, escribe Bakounine en 1871, debían disgustar mucho á Marx, en primer término, porque no eran suyas, y además, porque como patriota alemán no admitía entonces (se refiere al año 1848), como no admite ahora todavía, el derecho de los esclavos á emanciparse del yugo de los alemanes, pensando hoy, como entonces, que los alemanes están llamados á civilizarlos, es decir, á germanizarlos de grado ó por fuerza.»

*
* *

He pedido al mueblista de la calle de Alcalá Sr. Amaré una tarjeta para visitar la exposición de pinturas organizada en alguna sala de su almacén. Cualquiera diría que tienen allí dentro algo así como los misterios de Eleusis. Sin una tarjeta del amo ó de un expositor, no es posible entrar, y parece que estas invitaciones se reparten después de tomar mil precauciones ridículas.

Me repugna este arte, que se oculta vergonzosamente á los ojos del pueblo. He leído la lista de los expositores, y no encuentro ninguno que tenga derecho á despreciar la vulgaridad ajena. No se comprende que en una ciudad de quinientas mil almas no se haya formado un público bastante apasionado en cuestiones de arte para hacerse respetar.

Se mandan invitaciones á los amigos, se atrae con el cebo de una opípara cena á los hambrientos de la prensa, y luego todo se reduce á repartir tarjetas entre los pobres ricos que tienen bastante abundancia de dinero y escasez de buen gusto, para afeár el comedor de su casa con marinas vulgares, cacerías de antiguo *magazin illustré*, fuentes de fruta que parecen pasteles, y otros cromos por el estilo, abocetados algunas veces y relamidos otras, para fingir una genialidad y una delicadeza de que carece el autor.

Acábense de una vez estas exposiciones tenebrosas. Resérvense si se quiere los primeros días para los invitados; hágase pagar la entrada si la cosa vale la pena; pero de un modo ó de otro atraigase á estos actos al gran público. El artista tiene el deber social de consolar á todos con el grano de belleza que la vida puso en su alma: esa es la fraternidad del artista de corazón. El pueblo ganará con estos espectáculos y el pintor no perderá nada poniéndose en contacto con las multitudes que forman el medio ambiente progenitor de su obra.

*
* *

Uno de los artistas modernos que han llamado más poderosamente la atención es Gabriele d'Anunzio, de quien leí hace algún tiempo su drama *Gloria*. Pensando en los lectores de esta REVISTA he determinado leer ahora algunas de sus obras principales á fin de publicar la impresión que su lectura me produzca.

He empezado por *Le Vergini delle Rocce*, y ante todo me ha sorprendido la pomposa arrogancia del estilo. Las frases soberbias, los párrafos armoniosos, los epítetos

esplendentes abundan. Pero esta majestad de la forma que en una página suelta me fascina al proseguir siempre lo mismo me cansa, me deja un sabor dulzón en el espíritu y me produce la sensación de una cosa vacía y recargada de adornos. En este punto me parece d'Anunzio un estilista barroco, un torturador hinchado de la forma literaria que pudiera reconocer por discípulos mal aprovechados á Luna, Canals, Burrell y demás floreros españoles.

El argumento de la obra es muy sencillo: un tal Claudio, que habla de sí mismo como si fuera un tirano invencible, visita á los últimos vástagos de una estirpe noble y caduca. Entre las tres hermanas que se completan formando una armonía suprema, escoge por esposa la más sana y alegre; pero ésta le rechaza porque, al igual que su hermana Maximila, ha hecho voto de castidad: ésta, para servir á Dios, y aquélla, para servir á los suyos, para socorrerles con su alegría de vivir. Violante, la otra hermana, la salvaje hierática, que ha respetado Claudio por entender que sólo podría ser poseída por un Dios, y porque nunca sus vísceras llevarían el peso deformante, es la única que queda disponible para dar lugar á otra novela.

Toda la obra respira una especie de aristocrático fúnebre, pues á cada paso la idea enferma de la muerte, arranca al autor exclamaciones que pretenden llevar el refinamiento y la nobleza á la suprema negación. En toda la novela veo un hombre que, en fuerza de querer ser más de lo que es, vive en un íntimo desprecio de su verdadero yo. El decadentismo pesimista del autor da una angustia continuada, un deseo de terminar, de despertar de aquella pesadilla. Me ha proporcionado la alegría de sentirme mucho más brusco y bárbaro que el novelista y su héroe.

Respecto á la filosofía que pone en la primera parte de la obra, me ha parecido que todo aquello podía decirse en muy pocas páginas, y que aun estas pocas sobrarían. Interpreta á Sócrates de una manera extravagante y falsa, y expone una cosa parecida á un sistema sin originalidad y sin consistencia.

PEDRO COROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

I

Llevábamos el luto de mi madre, á quien perdimos en el otoño, y nos habíamos quedado enteramente solas en nuestra casa de campo para pasar allí el invierno.

Estaban conmigo Katia y Sonia.

Katia era nuestra institutriz, que nos había educado como una *niania* cariñosa. Mis más lejanos recuerdos me la representan como una antigua amiga de la casa, á quien yo quería con todo mi corazón.

Sonia era mi hermana menor.

¡Qué invierno tan triste y tan sombrío pasamos en nuestra casa de campo de Pokrovskoel! ¡Qué frío hacía! El viento acumulaba la nieve en montículos más altos que nuestras ventanas. Nuestros vidrios estaban casi siempre empañados por el hielo, y en todo el invierno salimos ni una sola vez para hacer una visita.

Las personas que iban á vernos de tarde en tarde, no llevaban á nuestra casa la animación y la alegría. Todas tenían semblantes compungidos y hablaban en voz baja, como si temiesen despertar á alguien; jamás reían; al contrario, todas exhalaban suspiros mirándome, y frecuentemente se deshacían en lágrimas al ver á mi hermanita Sonia vestida de luto.

La muerte se cernía aún sobre nuestra morada, llenándola de tristeza y espanto.

La habitación de mi madre permanecía cerrada; cuando yo pasaba por delante de su puerta para ir á mi cuarto, me sentía poseída de un sentimiento de temor, á la vez que de un deseo irresistible de abrirla para ver lo que pasaba en aquella pieza fría y desierta.

Tenía yo entonces diecisiete años. Mi madre, en el momento de arrebatármela la muerte acababa de decidir que aquel invierno iríamos á San Petersburgo, y me presentaría en sociedad.

La idea de haber perdido á mi madre me causaba suma pena; pero, en medio de mi aflicción, no olvidaba que era joven y linda, según decía todo el mundo, y que estaba condenada á vivir otro invierno en el campo, en medio de la soledad.

Antes de terminarse la estación, se me hizo insoportable esa impresión de aislamiento, me devoraba el hastío, y no podía ya decidirme á salir de mi cuarto, ni á abrir el piano ó coger un libro.

Cuando Katia me instaba á ocuparme en algo para distraerme, le respondía invariablemente: «No puedo hacer nada», y en el fondo del alma me decía: «¿Para qué?»

«¿Para qué leer, tocar, bordar, cuando los mejores años de mi vida se consumen en el aislamiento? ¿Para qué?»

A esta pregunta desanimadora no encontraba otra respuesta que las lágrimas.

Me decían que adelgazaba y me demudaba visiblemente; pero me era lo mismo. ¿Para qué ser bonita? ¿Para agradar á quién? Se me figuraba que debía pasar toda mi vida sola, que estaba condenada á aquel tedio mortal que no tenía fuerzas para sacudir.

Hacia el fin del invierno Katia se alarmó por mi salud, y dijo que había que llevarme á todo trance al extranjero. Mas para emprender ese viaje necesitábamos dinero, y no sabíamos á ciencia cierta qué fortuna nos había dejado mi madre. Esperábamos de un día á otro la llegada de nuestro tutor que debía arreglar todos nuestros asuntos.

Llegó en el mes de Marzo.

Un día que andaba yo vagando como una sombra de aposento en aposento, sin pensar, ni desear, ni hacer nada, exclamó Katia:

—¡Albricias! Ha llegado Serguei Mikhailovich, y ha mandado á saber de nosotras y á decir que vendrá á comer... Ea, querida Mariquita—continuó—despavilate. ¿Qué va á pensar de ti? Ya sabes cuánto nos quiere.

Serguei Mikhailovich era un pariente cercano y amigo de nuestro difunto padre, aunque mucho más joven que él. El anuncio de su llegada me llenó de alegría, no sólo porque su presencia podía favorecer nuestros proyectos y permitirnos abandonar el campo más pronto, sino porque había llegado á quererlo y respetarlo desde mi infancia.

Katia, al exhortarme á sacudir mi apatía, adivinaba que Serguei Mikhailovich era de todos nuestros conocidos aquel á quien más me hubiese contrariado parecer mal.

Yo lo quería por hábito, como todo el mundo en la casa, empezando por Katia y

Sonia, ahijada suya, y acabando por el último mozo de cuadra; pero, para mí tenía, además de eso, un atractivo especial, á consecuencia de una expresión que había oído á mi madre.

—Mariquita—exclamó un día—, yo quisiera para ti un marido como Serguei Mikhailovich.

Esas palabras me parecieron al pronto extrañas y casi desagradables. Mi ideal era muy distinto. Mi ideal debía ser un hombre esbelto, pálido y melancólico. Serguei Mikhailovich, al contrario, había pasado ya de la primera juventud; era alto, robusto, y siempre estaba de buen humor, á lo que me parecía. A pesar de todo, acudió á mi imaginación el deseo de mi madre, y recuerdo que seis años antes, cuando apenas tenía yo doce, y Serguei Mikhailovich jugaba conmigo llamándose «Violetita», me había preguntado ya con espanto lo que sería de mí, si de repente le diese la idea de elegirme por su mujer.

Serguei Mikhailovich llegó poco antes de la comida; Katia había mandado añadir á lo ordinario una salsa de espinacas y un pastel de crema.

Yo aceché desde mi ventana la llegada de su trineo; pero, en cuanto volvió la esquina de la casa, bajé á la sala, resuelta á no dejar traslucir que lo había esperado.

Sin embargo, cuando distinguí el ruido de sus pisadas en la antecámara, su voz sonora y las exclamaciones de Katia, que había salido á recibirlo, no pude contenerme y corrí á su encuentro.

Tenía cogida la mano de Katia, y hablaba en alta voz sonriendo. Al verme se puso serio y me miró algunos instantes sin saludarme. Yo me quedé cortada y comprendí que me sonrojaba.

—¡Cómol! ¿Es posible que sea usted?—dijo sencillamente en su tono habitual. Separó los brazos con ademán de asombro, y se acercó á mí.

¿Es posible transformarse de esa manera? ¡Cómo ha crecido usted! Ya no es usted una violetita, sino una rosa abierta.

Cogió con su manaza la mía, y la estrechó noble y vigorosamente hasta el punto de hacerme casi gritar. Figurándome que me besaría la mano, me incliné hacia él; pero se contentó con estrechármela nuevamente, clavando en mis ojos su alegre y firme mirada.

No había vuelto á verlo desde hacía diez años. Había cambiado mucho. Me pareció envejecido y más moreno; se dejaba las patillas, lo cual no le hacía bien á la cara; pero conservaba aún su sencillez de maneras, su abierto y franco semblante de enérgicas facciones, sus ojos brillantes é inteligentes, y su sonrisa cariñosa, casi infantil.

Al cabo de cinco minutos no era ya un amigo de visita sino una persona que formaba parte de la familia, incluso para los criados, cuya diligencia en servirlo atestiguaba el placer que sentían en volverlo á ver.

Se conducía en todo á la inversa de nuestros demás vecinos, que, al ir á visitarnos después de la muerte de nuestra madre, creían preciso guardar un silencio lúgubre ó llorar durante todo el tiempo de la visita. El, al contrario, hablaba lleno de animación y de alegría, y no hizo una sola alusión á la muerte de nuestra madre.

Al pronto me pareció extraña esa reserva, y hasta inconveniente de parte de una persona tan allegada á nosotros. Pero luego comprendí que no callaba sobre el particular por indiferencia, sino por respeto á la memoria de mi madre, y se lo agradecí en el alma por ella.

Llegada la noche, Katia se sentó á la mesa entre mi hermana y yo, en el mismo

sitio que ocupaba en vida de nuestra madre, y sirvió el té; nuestro antiguo criado Gregorio sacó una pipa vieja de mi padre y se la presentó á nuestro amigo. Serguei Mikhailovich empezó á pasear por la estancia, con la pipa en la boca, como en otros tiempos.

—¡Cuando pienso en los terribles cambios que han sobrevenido en esta casa!...— exclamó de repente, parándose.

—Sí—respondió Katia suspirando; y tapando el *samovar*, miró á nuestro amigo, pronta á dar rienda suelta á las lágrimas.

—¿Se acuerda usted de su padre?—me preguntó Serguei Mikhailovich.

—Apenas.

—¡Qué feliz hubiese usted sido con él!—dijo en voz baja con aire pensativo y mirando mi cabeza sin fijarse en mis ojos.

Yo quería mucho á su padre de usted—continuó aún más bajo.

Me pareció que sus ojos se ponían más brillantes.

—¡Y durante este tiempo, Dios les ha arrebatado también su madre!—repuso Katia, y volvió á tapar precipitadamente la tetera con la servilleta, sacó el pañuelo y empezó á llorar.

—Sí, esta casa ha visto cambios terribles—repitió Serguei Mikhailovich, volviéndose.

Pero algunos segundos después dijo á mi hermana:

—Sonia, enséñame tus juguetes.

Y acto continuo la acompañó á la sala.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miré á Katia.

—¡Oh! ¡Es un amigo raro!—murmuró.

Y en efecto; la simpatía de aquel hombre tan bueno, á pesar de ser un extraño para mí, era como una brisa cálida que difundía en mi corazón una sensación de bienestar inefable.

Ya oíamos en la sala los gritos alegres de mi hermanita y la risa de Serguei Mikhailovich.

Hice que le llevasen una taza de té, y poco después adiviné que se sentaba al piano, y se entretenía en pasar por las teclas las manitas de Sonia.

—¡María Alexandrovna—exclamó de pronto—, venga usted á tocar algo!

Esa manera de llamarme, tan amistosa y familiar, me causó gran placer. Me levanté en seguida para ir á su encuentro.

—Toque usted esto—dijo, abriendo un cuaderno de Beethoven por el adagio de la sonata *quasi una fantasia*. Vamos á ver cómo toca usted eso—añadió, retrocediendo á una esquina de la sala, con su taza de té en la mano.

No sé por qué comprendí que era imposible hacerse de rogar con un hombre como él, so pretexto de que no dominaba la música. Me senté dócilmente al piano, y empecé á tocar lo mejor que pude. Temía, no obstante, su juicio, porque sabía que era un aficionado inteligente.

El tono del adagio cuadraba perfectamente con el de las reminiscencias y sentimientos, bajo cuya impresión me encontraba; me parece que no lo toqué muy mal. Cuando quise pasar al *scherzo*, me interrumpió:

—No—dijo—, no tocaría usted bien el *scherzo*; déjelo. Pero el adagio está bien. Me parece que entiende usted de música.

Ese elogio moderado me produjo tal placer, que me puse muy colorada.

¡Era tan nuevo y tan agradable para mí verlo á él, al amigo y al igual de mi padre, hablarme con tanta seriedad, en vez de tratarme como una niña, según pasaba en otras épocas!

Katia había salido de la sala con Sonia, que iba á acostarse y me quedé sola con Serguei.

Me habló de mi padre, me dijo cómo se conocieron, y lo alegre que era la vida de la casa en los días en que yo no me ocupaba más que de mis cuadernos y de mis juguetes. Al oírlo, creía ver á mi padre bajo un aspecto enteramente nuevo, y Serguei Mikhailovich se me aparecía por primera vez como un hombre bondadoso y sencillo, bajo una faz familiar desconocida de mí hasta entonces.

Me preguntó también acerca de mis gustos, de mis lecturas y de lo que pensaba hacer, y me dió consejos. No era ya para mí un compañero retozón y bromista que me hacía rabiarse y me daba juguetes, sino un hombre serio y cariñoso, por quien sentía nacer un respeto y una simpatía involuntaria.

Hablando con él, experimentaba viva satisfacción, al par que cierta tensión de espíritu. Temía el efecto de cada palabra que pronunciaba, y deseaba merecer por mí propia el afecto que poseía ya como hija de su amigo.

Cuando Katia dejó en la cama á mi hermanita, volvió con nosotros, y se quejó á Serguei de mi apatía, de la cual me había yo guardado mucho de decirle una palabra.

—¡Hola!—exclamó él sonriendo y moviendo la cabeza con ademán de reconvencción—. Veo que se me ha ocultado lo principal.

—¿Por qué le había de hablar á usted de eso, una cosa que no vale la pena? Además, que ya pasará...

En aquel instante me parecía que estaba libre de mi enojo, y hasta que no había existido nunca.

—No está bien eso de no saber soportar la soledad—dijo—. ¿Es posible que sea usted toda una señorita?

—Una señorita, no cabe duda—respondí sonriendo.

—No, sino una tontuela, que no vive más que cuando hay alguien que la admire, y que en estando sola, se queda anodadada, sin gusto para ninguna cosa; una señorita que no vive sino para agradar á los demás y no á sí misma; una señorita cuya vida está toda por fuera, y que no tiene nada dentro de sí.

—¡Bonita opinión tiene usted de mí!—respondí, por decir algo.

—¡No!—añadió después de una corta pausa—. No en vano se parece usted á su padre. ¡Hay algo en usted!...

Y su bondadosa y penetrante mirada volvió á llenarme de una turbación alegre y lisonjera.

Al través de la expresión de su semblante, tan jovial á primera vista, noté por primera vez aquella mirada particular, que parecía tan clara al pronto, y luego se hacía cada vez más penetrante, y se teñía de un matiz de tristeza.

—Usted no tiene el derecho de aburrirse, y no debe aburrirse—dijo—. Tiene usted para distraerse la música, que comprende bien, y libros que debe estudiar. Tiene usted además delante de sí toda una vida á que necesita prepararse inmediatamente, si no quiere acumular arrepentimientos para el porvenir. Dentro de un año será demasiado tarde.

Me hablaba como un padre ó un tío; pero yo veía que hacía esfuerzos para tratarme de igual á igual; y, aunque me mortificaba el que me considerase como inferior á

él, me lisonjeaba que se esforzase en parecer distinto de lo que era tan sólo por mí.

El resto de la noche habló de negocios con Katia.

—Con que adiós por ahora, queridas amigas—dijo levantándose.

Se acercó á mí y me tomó la mano.

—¿Cuándo volveremos á vernos?—preguntó Katia.

—Esta primavera—respondió sin soltar mi mano—. Desde aquí voy á Danilovka (era una de nuestras propiedades). Arreglaré las cosas lo mejor que pueda; luego iré á Moscou para asuntos míos, y este verano nos veremos frecuentemente.

—¿Por qué se marcha usted para tanto tiempo?—pregunté con tristeza.

Yo esperaba, en efecto, verlo ya todos los días, y de repente me acometió un miedo terrible de que volviera á apoderarse de mí el aburrimiento. Creo que mi voz y mi mirada delataban ese temor.

—Sí, trabaje usted mucho, no se deje usted dominar por el *spleen*—dijo con voz que me pareció fría é indiferente—. En la primavera le haré á usted sufrir un examen—añadió, sin mirarme y soltando mi mano

Lo seguimos á la antecámara. Se puso precipitadamente el abrigo y persistió en apartar sus ojos de mí.

«¿Por qué tanto empeño en aparentar que no me mira?—me pregunté.—¿Si se figurará que á mí me importa nada?... Es un hombre perfecto... una excelente persona... pero eso es todo...»

Aquella noche, Katia y yo pasamos charlando mucho tiempo antes de dormirnos. No hablamos de él, sino de la manera cómo pasaríamos el verano y dónde estaríamos al invierno siguiente.

No me asediaba ya la terrible pregunta: «¿Para qué?» Me parecía evidente que hay que vivir para ser felices, y no veía en el porvenir más que felicidad, mucha felicidad.

Nuestra antigua y sombría casa de Pokrovskoe me pareció de repente llena de vida y de luz.

LEÓN TOLSTOI.

SECCION LIBRE

DISERTEMOS

I

Los que hablan del progreso real que debemos al cristianismo recuerdan siempre los beneficios que la civilización le debe, sin señalar nunca los perjuicios que á la humanidad haya acarreado.

Sin embargo, todo tiene en el mundo su pro y su contra; y el cristianismo no puede escaparse de esta regla general, como no se escapa del universo ni el más imperceptible átomo.

Los que tenemos un altísimo concepto formado de la bondad de los seres humanos, sabiendo apreciar en su justo valor los ideales que son ellos susceptibles de con-

cebir, no negaremos que la religión cristiana haya influido en el espíritu social allá en lejanos tiempos y que esta influencia dejara de ser benéfica, sobre todo teniendo en cuenta que el cristianismo nació entre el calor del putrilago romano y la decadencia griega. Pero si afirmaremos que si las dos fuerzas vivas sociales del Evangelio, á saber: la libertad por la caridad y el progreso por la dignidad del trabajo, son fuerzas que reflejan el verdadero y único espíritu del cristianismo, muchos serán los llamados y pocos los escogidos, por cuanto el Evangelio no tan sólo no es practicado en esta sociedad tenida por cristiana, si que ni siquiera es práctico entre las diversas maneras de apreciarlo que tienen los mismos adeptos.

Los que contra viento y marea quieren salvar los escollos á que ha dado origen con sus muchas componendas y evoluciones la civilización cristiana, dirán, con seguridad, que precisamente porque el cristianismo es una institución progresiva, es por lo que se aparta de su ingenua bondad del principio, y busca el calor de su época, desarrollándose á medida que el espíritu innovador de los tiempos permite y aun influye en que así sea.

Juzgada la religión con imparcialidad, como deben juzgarse todas las cosas, el juicio tiene que ser severo; es más, todo espíritu reflexivo tiene que condenar la tendencia marcadísima que ve en lo genuinamente religioso.

No hay que buscar palabras más ó menos pulcras que, para que no ofendan los sentimientos religiosos, desvirtúen la verdad, superior á todas las cosas.

Desde los anacoretas de la Tebaida, que hacían penitencia en las solitarias asperezas de Egipto, hasta los austeros religiosos de la Cartuja, hay que convencerse de que la religión produce en mayoría las inutilidades.

Ahora bien; si decimos que el cristianismo es una religión de holgazanes que propaga la dignidad del trabajo, pero para que trabajen los otros, se nos dará el nombre de herejes, si no se nos tilda de malvados, porque abrimos los ojos á la razón y no queremos cerrarlos á la fe. Si decimos que todas las encíclicas y pastorales que se lanzan al público son única y exclusivamente para procurar detener el rayo que fulminan las muchedumbres contra todós los tiranos, se nos dirá que negamos la bondad y la virtud de los que procuran cumplir con las máximas evangélicas cuando incitan á los ricos á ser caritativos y á los pobres á ser humildes y mansos. Si decimos que de la colmena humana cualquier día las diligentes abejas expulsarán á los zánganos, se nos dirá que procuramos convulsionar á los más contra los menos por aquello de «á río revuelto, ganancia de pescadores».

Sin embargo, nosotros no somos enemigos sistemáticos de la Iglesia; si combatimos la organización religiosa, lo hacemos, no para elevar otros ídolos, no para glorificar otros dioses, no para instituir otros cultos, sino para proclamar el imperio de la justicia, mancomunada con la idea del derecho.

«Toda religión—dice Labruyère—es un miedo respetuoso de la Divinidad». Y nosotros no queremos imposiciones; ni la coacción moral del miedo aceptamos. Por eso somos antirreligiosos.

Según un cálculo estadístico citado por Matter, los cristianos, después del advenimiento de Constantino, formaban sobre la vigésima parte de la población total del imperio.

Si ganaron algo, fué porque al abrazar Constantino la religión cristiana, la dominación imperial hería y perseguía las demás religiones locales. Esto ha servido para poder decir que el cristianismo tuvo fuerza suficiente para conquistar el Imperio ro-

mano haciendo que el elemento místico de la Redención se alimentara con los despojos del semi-imperio de Occidente, y luego más tarde tras la caída de Bizancio, junto con los restos esparcidos del de Oriente trocara su papel de perseguida en verdadera perseguidora. Lejos de haber vencido al paganismo, la Iglesia ha tomado de él, á medida que lo ha hecho con el judaísmo, todo cuanto ha podido; ha adoptado los códigos, las jerarquías, las instituciones, los ritos. Sólo para complacerle, y con el fin de arrastrar las masas desposeídas de sus dioses, tanto como para obedecer la lógica de su propio movimiento, instituyó en el siglo IV la divinidad de su Cristo y más tarde consagró el culto de las imágenes.

No somos enemigos sistemáticos de la religión, repetimos; pero vemos cada vez más que se transforma poco á poco en un impalpable fantasma como la Ninfa abandonada de Narciso que á fuerza de languidez, acabó por desaparecer en el aire.

La religión pertenece á la Humanidad, es el fruto de sus entrañas y todo en lo humano es pasajero, variable, temporal: la religión, pues, llámese como se llamare, está condenada á desaparecer, ¿cuándo? En otro artículo procuraremos desarrollarlo.

SOLEDAD GUSTAVO.

LA FILOSOFIA DEL DESENGAÑO

Es de notar que los primeros momentos de germinación de toda tendencia reformadora ó de toda condensación del genio en su marcha evolutiva, coinciden y se mezclan con las primeras apariciones de desaliento, los primeros ayes de dolor y los primeros estallidos de aversión y de protesta que las deficiencias de lo realizado y conocido producen. Diré más: hay siempre una especie de *filosofía del desengaño*, ora negativa frente á lo conocido, ora positiva, preparatoria del triunfo de nuevos ideales; un estado de conciencia social de repugnancia y hostilidad hacia lo clásico, lo estatuido, lo normal y corriente, que sirve como de preparación de la sociedad para recibir el espíritu nuevo.

La moral estoica es la filosofía de la decadencia del gentilismo; el hombre, manteniéndose impávido frente á las mayores contrariedades y sosteniendo los fueros de su conciencia contra los más poderosos influjos, constituyó una protesta viviente y constante, opuesta á las instituciones en que á la sazón estaba determinada la organización social, á las ideas que las servían de base y á los egoístas convencionalismos que retardaban la ruina de las unas y de los otros.

El cristianismo halló en aquella filosofía suelo abonado para desarrollarse por el mundo occidental, así como en el mundo oriental, las insuperables barreras que separaban á unas castas de otras, el fatalismo y la negación panteísta, de la individualidad, no podían darle apóstoles que lo predicaran, mártires que lo consagrasen, emperadores y magnates que lo protegieran y una organización política en que calcar la organización religiosa. Sobre este punto ha dicho nuestro malogrado Ganivet: «Mientras aparentemente no se descubre más que una propagación, la del cristianismo, en secreto se efectuaba otra propagación, la de la filosofía gentilica cristianizada; y el puesto en que tuvo lugar la conjunción, el injerto, fué la moral estoica» (1). Pero no fué sólo la moral estoica la que mulló el terreno en que habían de prender los gérme-

(1) *Idearium español*, pág. 11.

nes del cristianismo, que con ella colaboraron las negaciones de los escépticos y las satíricas detracciones.

De igual modo que el vacío que dejaban en el ánimo las ideas, costumbres y organismos de la sociedad gentilica, provocó la moral de los estoicos y preparó la expansión del cristianismo, las deficiencias filosóficas, dogmáticas, de organización y de conducta que el espíritu, en su evolutivo desenvolvimiento, iba hallando en el catolicismo, provocan el estado aquel de disgusto, la *filosofía del desengaño*, que, ora se manifiesta en heréticas afirmaciones; ora se resuelve en absurdas abnegaciones de la propia personalidad, que llega hasta el anonadamiento nirvahnista; ora opone á la filosofía clásica el sensualismo nominalista y á la *especulativa* de aquel exagerado idealismo, el experimentalismo del monje Rogerio Bacon; ora contrasta la pompa y mundanal poderío de la corte romana con el voto de pobreza de los *hermanos menores*; ora rompe la unidad del *imperio* pontificio, con la *creación del Estado* albigense; y poco á poco se aumentan las dudas y la consiguiente irreverencia; adquiere audacia y solidez la impugnación; se forjan propósitos y planes de reforma; hay explosiones violentas de rebelión armada; son heridos en sus más sólidos puntos de apoyo organismos seculares y reverenciados, y una enérgica reacción de la conciencia social, desbordándose de las barreras que á la investigación científica y á las encarnaciones del ideal estético habían opuesto una avasalladora ciencia teológica y una *hierática* entrometida y absorbente.

A la máxima de las escuelas «la filosofía es la servidora de la teología» va á suceder esta otra: «la filosofía es el resultado de observar personalmente el mundo objetivo y la propia reflexión».

El estudio de *las humanidades*, de los modelos clásicos y de la observación directa de la Naturaleza á que condujeron, de una parte la falta de satisfacción que dejaba en el alma el espíritu católico, y de otra los contactos que marinos, mercaderes y guerreros tuvieron con la cultura gentilica de la Europa oriental y las importaciones que de aquélla hicieran en el occidente europeo los mismos bizantinos, extienden una amplísima libertad de análisis en las conciencias que conduce á la afirmación de las propias opiniones frente á la autoridad de la iglesia docente, que acaparaba todas las anímicas actividades.

Y puesto ya en tan dinámica expansibilidad el espíritu social del Occidente de Europa, opone á la autoridad docente de la teocracia la de la conciencia individual; la teología clásica ve acortado su radio de acción por frecuentes impugnaciones dialécticas y revelaciones del mundo físico: la filosofía escolástica es herida por el experimentalismo y la observación; el mundanal poder de los soberanos seculares acrece con el desmedro del pontificio; la austeridad de la Corte romana es vencida por los voluptuosos halagos del paganismo renaciente; las clases ilustradas de la sociedad comienzan á sentirse tocadas de incredulidad impía y aristofanesco desacato; la sinceridad religiosa truécase en convencional mentira; en el ánimo ocupa la atrición el espacio que la contrición ocupaba, y el mundo católico pide francamente una reforma de la organización eclesiástica y los viejos poderes de la Iglesia se oponen, y queman en Florencia á Savonarola que enseñaba el camino pacífico para llegar á la renovación apetecida, y preparan con su imprudente resistencia los estallidos y los triunfos revolucionarios de Alemania, de Suiza, de Holanda, de Inglaterra; y al *nolumus* desesperante de la Sede romana, responde con un soberbio *pósumus* la revolución triunfante.

De análoga manera encuentran tierra abonada en que arraigar y sobre la cual

desenvolverse, todas las grandes reformas sociales, ya sean dentro de una nación desarrollada, ya en colectividades más extensas.

CARLOS CERRILLO ESCOBAR.

Andújar.

¡ASOCIARSE, LIBERTARIOS!

I

La unión hace la fuerza; primero en el cerebro, y después en los brazos. El concurso de ambas, realiza cuantas transformaciones y progresos cumple la humanidad.

Porque los irracionales no piensan socialmente, un débil pastor dirige é impone su voluntad al numeroso rebaño; porque los pueblos viven desunidos, hay gobernantes que los tiranizan; porque los trabajadores se aíslan, la explotación impera.

Ignorancia, servidumbre, miseria, equivalen á desunión.

Libertad, abundancia, conocimiento, los da la asociación.

Mas para que el acto de unirse ó asociarse no degenera, es preciso alejarlo de todo principio de autoridad; pues de otra suerte, confiando á uno ó á varios el cumplimiento de las voluntades asociadas, ese uno ó varios acaparan la fuerza común, la utilizan en su provecho personal y, poco á poco, reaccionan, desuniendo y disgregando á los asociados, para que se verifique aquella máxima funesta de «divide y vencerás».

En la Naturaleza todo tiende á la unidad, sin perjuicio de la variedad.

El género humano, en sus relaciones de perfección ilimitada, debe seguir el propio rumbo. Ideas é intereses opuestos le mantienen en perpetua lucha. Su conveniencia estriba en armonizar los pensamientos y los egoísmos. Caminamos todos en pos de la felicidad; pero como ésta sólo puede ser relativa y la queremos absoluta, forjándola, además, en el logro de deseos no satisfechos y, por lo tanto, desconocidos, vamos á tientas tras de esa felicidad, cometiendo errores que nos apartan de su camino; camino que es franco y llano, sabiendo elegir, al aceptar, el de la humanidad. Si lo emprende uno solo, yerra. Si va en compañía, llegará.

La prosperidad de cada familia, pueblo, nación, etc., se mide por el mayor número de seres afortunados con que cuenta. Donde más abunda el sustento y la alegría, existen más venturosos. Reinando en la mayoría dolor y lágrimas, nadie puede llamarse feliz. Entonces el objetivo de la sociedad ha de ser proporcionar el bien á cuantos le sea posible, para llegar al de todos.

Pan y libertad; sostén del cuerpo el primero y de la inteligencia la última. Sin cualquiera de esos dos alimentos, el hombre se convierte en cadáver ó bestia.

Pan lo da el trabajo del individuo cuando es libre; desde recoger los frutos espontáneos de la naturaleza, hasta la más sublime concepción científica. Libertad, la proporciona el concurso y apoyo social.

Quien no produce, no tiene derecho á vivir. El salvaje es el más triste y débil esclavo de las leyes físicas.

En mi humilde criterio, no existe absurdo mayor que el individualismo, con sus secuelas y aditamentos del *yo sobre todo*, *mi* propiedad, *mi* patria, *mi absoluta* libertad, etc., etc. Todo eso no sirve para la vida de relación, única humana y posible.

Lo que veo cierto, axiomático, es que sólo son míos mis actos personales; y aun éstos, en mayoría, los realizo por fuerza natural, sugestión de mis semejantes ó medio ambiente en que me desarrollo; de suerte que, de cuanto me rodea, me juzgo usufructuario, sin atreverme á la fatuidad de llamarme dueño, sino copartícipe en los productos y consumos de la humanidad.

Igual absurdo noto en el socialismo autoritario, que conduce á la negación completa del yo y de mi relativa libertad. Soy molécula del gran ser *raza humana*, y dentro de ella tengo dos vidas; la propia, exclusiva mía, y la que recibo y doy á los otros. No

quiero ni debo anularme. Tengo igual derecho á vivir que los demás. Conózcala ó no, cumplo una misión, lleno un propósito de la Naturaleza.

Nadie es más ni menos que yo. Sólo son pequeños los que se creen serlo, y grandes aquellos á quienes miramos de rodillas; polos opuestos que, significando bajeza y altivez, se disuelven en la igualdad.

¡Cuántas maldades han cometido los gobernantes que fueron! ¡Qué inicuos son los que existen! ¡Y qué perversos serán los que vengan, en todos los sistemas, con cualquier régimen y bajo todo nombre!

Sirvan las enseñanzas del pasado para precavernos en lo venidero.

II

¡Asociarse, libertarios! No en las organizaciones presidenciales de centros y comités directivos, con todos los resabios autócratas de la burguesía, sino en *fraternales grupos*, donde, por afinidad de caracteres, simpatías, vecindad, medios ú oficio, cada productor y productora se entienda, confierne y junte con las personas que más le agraden.

En esos grupos no ha de haber cotizaciones fijas, fondos que dilapidar, mandos que ejercer, ni representaciones que retribuir. En ellos ha de practicarse la verdadera cooperación á la gran obra revolucionaria, sirviendo todos para el todo, y valiendo cada uno tanto como el otro, en su esfera y en su acción. Sencilla máquina, cuyas piezas, teniendo diferente objeto, contribuyen todas á resultado idéntico.

Por cercanía de la vivienda ó particulares afectos y conveniencias, nos vemos precisados, los trabajadores, á reunirnos en determinados sitios, el tiempo que nos deja la faena. Ese local puede ser el primer núcleo de cada agrupación, porque ofrece dos ventajas: primera, la de esquivar la cortapisa que *las leyes* han puesto para cohibir el derecho de reunión, exigiendo no excedan de 21 personas las que se reúnan *sin permiso de la autoridad*, obligándolas, si pasan de tal número, á presentar estatutos, reglamentos y demás zarandajas de papel sellado; segunda, que el pequeño contingente de compañeros (nunca mayor de 20), agrupados para conferenciar, se conocen, estiman y pueden librarse de indiscreciones.

Establecido el pequeño grupo de cada calle, elige un delegado que asistirá á las conferencias ó entrevistas del grupo de barrio, compuesto por los delegados de grupo de sus calles; cada grupo de delegados de barrio nombrará otro de distrito, y los de éstos constituirán el local.

Estas colectividades realizarán tres cometidos en tres ponencias ó comisiones: primera, de propaganda-instrucción; segunda, de socorro mutuo-solidaridad; tercera, de avisos-correspondencia.

Los gastos de toda clase (folletos, hojas, libros, escuelas, auxilios, correo, etc.), se sufragarán por todo el grupo, presupuestándolos primero para ver si pueden sufragarse, y recaudando el importe según las posibilidades de cada uno.

Con suma rapidez y prudencia podrán de este modo entenderse los trabajadores de cada localidad, los de cada partido judicial, provincia, comarca, etc., extendiendo su inteligencia á los países que llaman extranjeros y no lo son, pues para el trabajo y la libertad no hay fronteras.

De los grupos de oficios heterogéneos que, á modo de sección varia, constituirán los fundadores, saldrán luego los de cada arte y de grandes uniones; bien entendido que no impedirá á cada individuo hallarse agrupado para formar con otros obreros que no lo estén, dentro de las secciones de resistencia y demás organizaciones sociales, en cuyo seno los grupos libertarios deben llenar la gran misión de desvanecer los errores y preocupaciones del compañerismo, llevando á su ánimo la idea redentora de emancipación autonómica.

Todo por simpatía, nada por obediencia. Todo por propia iniciativa, nada por ajena imposición. Todo por voluntad, nada por fuerza.

Ignorantes é instruidos, viejos y jóvenes, fuertes y débiles, hombres y mujeres... todos servimos; para todos vale el trabajo de la unión.

III

¡Asociarse, libertarios!

Los trabajadores del campo, preferentes hermanos nuestros, componen más de la cuarta parte de la sociedad española. Ellos suman cerca de 5 millones de habitantes en un total de 18 millones, según el último censo oficial, mientras que los trabajadores industriales apenas llegan á 2 millones. Mantiene, pues, cada campesino á cuatro personas, y cada obrero viste, calza, amuebla y da morada á nueve. Conocidas estas proporciones, fácil es comprender la importancia vitalísima del elemento trabajador, su potencia incommensurable y la transformación que puede obrar cuando y como quiera, si en vez de someterse individualmente al yugo del capital (propiedad, Dios, ley, obediencia), se propone emanciparse, para su progreso y el de todos.

Mucho le interesa al obrero industrial salir de la esclavitud en que le tiene sumido el dinero; necesitando para ello agruparse y estudiar los medios de conseguir su libertad; pero es mayor el apremio del agricultor, sobre quien pesan más cargas y desdichas, porque sufriendo la misma bárbara explotación, le aflige doble el olvido y aislamiento social.

La agrupación libertaria, en cortijos, masías, casas de labor, aldeas, pueblecitos y lugares; la incesante propaganda y *tacto de codos* entre los trabajadores industriales y campesinos, hermanándose é instruyéndose, logrará brevemente enaltecer el criterio de los parias del trabajo, que unen, á los infortunios de todo productor, el de la soledad. Su ignorante resignación les tiene postrados á los pies del cura egoísta, altivo propietario, audaz cacique, insoportable usurero y, luego, del escribano, alcalde, juez, secretario, recaudador y monstruosa guardia civil. Su ruda faena y escasez de medios, les alejan del trato social y de la más remota idea de emancipación. Es preciso que se agrupen, enseñándose antes á verificarlo. Es preciso inculcarles reflexiones de su derecho. Es indispensable que salgan de su atonía de masas neutras y máquinas vivientes, á que les tienen reducidos los directores burgueses.

La inicua contribución de sangre, que gravita exclusivamente sobre los pobres, en especial campesinos; el saqueo y reparto que hacen los ricos de los frutos de la tierra, arrebatados á los que la cultivan; la privación de todo goce y deleite civilizado en que yace el triste labriego, tanto y tanto desafuero, tanta infamia como la que comete todo el mundo contra los que nos alimentan, es debido que la sepan, y es debido que penetre en el corazón y en la inteligencia de los más necesitados de mejora.

A los campos han de dirigirse los mayores esfuerzos libertarios, que de los campos vendrá, en su hora y momento, el irresistible empuje de la huelga general, cuyo éxito sería nulo sin el concurso de los labradores. Esta lucha, la más humanitaria, aunque imponente, será la división de dos edades ó grandes épocas: la antigua, con todos sus privilegios y tiranías; y la venidera, con todos sus amores. Inútil es que se quiera apartar de ella el pensamiento y la acción. Ni los temores de los felices, ni las dudas é inconsciencias de los desheredados, lograrán retrasar el impulso que ha recibido el proletariado por la ciencia y la necesidad. Se multiplican hasta lo infinito las huelgas parciales, constituyendo las escaramuzas ó guerrillas de la gran batalla, huelgas que diariamente surgen en los pequeños talleres, en las opulentas fábricas y en todas las regiones y continentes. Ya se reemplazan los antiguos propósitos huelguistas, de obtener un pequeño aumento de salario ó menos tiempo de faena, por la extinción de los destajos ó por cuestiones de dignidad. Los ejércitos subterráneos (mineros) se congregan á cada paso, con el fin ya evidente de hacerse dueños de las riquezas del subsuelo. A los retos capitalistas, con sus terrores del infierno, bayonetas y hambres, van contestando millones y millones de obreros con la protesta, la unión, y, pronto, con la rebeldía.

Nos acercamos al desenlace. Llega el siglo de la expropiación burguesa, del fin de la autoridad y de las mentiras religiosas. Llega el triunfo de la moral, que no puede existir sin la justicia. Se impone la igualdad.

¡Agruparse, libertarios!

JOSÉ LÓPEZ MONTENEGRO.

TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

IV

Confidencias.

Pocos días después de la escena que acabamos de relatar, Elisa salió á la puerta de su casa, llamó á un pillete todo desgredado y mal vestido que estaba jugando con otros niños de su edad, y le dijo:

—Mira, Ventura—pues tal era el nombre del muchacho—; ¿conoces á Pedro, el hijo del tío Juan Contreras?

—Sí, le conozco; ¿qué queréis?

—Atiende—le dijo enseñándole varias monedas de cobre—. Esto te ganas si haces bien hecho un mandado que yo te dé para él, y sin que se entere nadie.

—Venga—contestó el muchacho alargando la mano para coger las monedas.

—Espera. Toma esta carta, guárdatela en el seno, y sin que te vea nadie se la das cuando lo veas solo.

—Está bien; y luego, ¿qué hago?

—Luego te vienes, y mucho cuidado con decirle nada á nadie.

—¿Aquí me vengo?—repuso el muchacho.

—No, hombre; te vas á tu casa ó adonde tú quieras, á gastar las monedas.

—Bueno—dijo el pillete, y se alejó corriendo á lo largo de la calle, pasando por el grupo de sus compañeros, que empezaron á gritarle:

—¡Eh, Ventura! ¿Dónde vas? ¿Qué llevas?—pero él no hacía caso de ellos, y corría sin volver la cabeza.

Los pilletes, movidos por la curiosidad, comenzaron á correr detrás de él sin dejar de gritarle.

Apenas Ventura hubo notado esto se paró, y volviéndose hacia sus compañeros, esperó á que llegasen hasta él. Cuando ya estaban cerca mirándole todos suspensos, les preguntó malhumorado:

—¿Qué queréis?

—¡Córcholis!—contestó el más atrevido de ellos—, pues saber dónde vas tan corriendo.

—¿Y qué te importa á ti donde yo vaya, cimpampano?

—El cimpampano lo serás tú.

—Yo—repuso el buen Ventura—. Te voy á dar un puñetazo que te voy á quitar las muelas. Y uniendo la acción á la palabra, descargó un tremendo puñetazo en la mejilla de su contrincante, que lo hizo retroceder diez pasos, llevándose ambas manos á la cara.

El grupo se apartó un poco de Ventura y comenzó á gritar y querer camorra, y nuestro valiente se lanzó á ellos como una fiera, descargando puñadas á diestro y siniestro al primero que le venía á las manos; y hubiera quedado muy malparado de aquel combate desigual sin la intervención de un viejo que estaba tomando el sol á una puerta, el cual les amenazó con su largo palo, logrando así poner fin á aquel combate que amenazaba prolongarse.

Aplacados los ánimos, Ventura siguió á buen paso calle arriba, no quedando á sus contrarios más ganas de seguirle.

Llegó á la puerta de la casa en que vivía Pedro, y no viendo que estaba por allí, pasó dos ó tres veces junto á su puerta, mirando con insistencia hacia dentro; pero, comprendiendo que tendría que esperar mucho tiempo á verlo salir, se decidió á entrar en la casa, preguntar por él y echarle un embuste si necesario fuera para que saliera á la calle y allí entregarle la carta que le habían dado para él.

Pero apenas hubo puesto los pies en el umbral, cuando se encontró cara á cara con Pedro, el cual le dijo:

—¿Qué traes por aquí, rapaz?

El muchacho se llevó el índice á la boca, indicándole con esto que callara; y acercándose á él todo cuanto pudo y metiéndose una mano en el seno, le contestó:

—Traigo una cosa para ti—y sacando la carta se la dió, y le volvió la espalda, alejándose á todo correr, impaciente ya por dar fin de aquellas monedas de cobre que llevaba en una de sus remendadas faltriqueras.

—Apenas tomó Pedro, todo sorprendido, la carta que le dió el muchacho, se volvió para adentro entrando en su cuarto, y rasgó el sobre.

Un hombre que desde la más precaria indigencia se encuentra de pronto y sin esperararlo todo un tesoro, no experimenta la emoción que experimentó el joven al leer las primeras palabras de aquella misiva. «Mi querido Pedro». No quiso leer más sin ver antes la firma; y al encontrar el nombre de *Elisa* toda su sangre afluyó á su cabeza, y su corazón latió fuertemente de una manera descompasada y anormal, como no había latido nunca.

La esperanza de llegar á poseer la mujer amada, ya perdida en él por la oposición del padre de Elisa, volvió á renacer en su corazón, y con lágrimas de felicidad y de dolor á un mismo tiempo, besaba con loco, con brutal frenesí, aquella firma trazada por la mano de la única mujer que constituía toda su felicidad, toda su dicha.

En aquella carta le daba cuenta Elisa de la escena que había tenido con su padre; pero lo que más le apenaba era el no haberle visto en unos cuantos días, de lo que se mostraba quejosa, puesto que esto le indicaba un grande desamor hacia ella... que tanto le amaba, contra los deseos de su padre; y le daba ánimos para que no desfalleciese en la lucha que ella había aceptado con todas sus consecuencias, haciéndole á la vez miles protestas de fidelidad y de amor eterno.

El joven quedó aturdido con la lectura de aquella carta y se llamó á sí mismo ingrato y cobarde al no hallarse con fuerzas suficientes para luchar con la adversa suerte, con aquel obstáculo que obstruía el camino de su felicidad.

Era preciso luchar; se imponía conspirar para llegar á la meta de sus aspiraciones más íntimas.

—Hoy haré por verla—se dijo Pedro—. Y, con efecto, aquel día la vió y la habló en casa de una vecina.

¡Siempre las vecinas! Las vecinas, que son las que suelen darnos los más graves disgustos, son también las que suelen proporcionarnos los más gratos ratos de felicidad.

Los enamorados continuaron viéndose todas las tardes en aquella casa, con objeto de que el señor Felipe no se enterara de aquellas relaciones que le había prohibido á su hija, como si el amor admitiese y respetara prohibiciones.

AURELIO MUÑIZ.